

Otros menos instruidos y discretos que Muciano ó que Celtis entendieron el escepticismo de una manera mas palpable y satirizaban al clero, las ceremonias religiosas y hasta los dogmas, como aquellos poetas procaces que en las «Epístolas de los hombres oscuros» califican la túnica de Cristo que se venera todavía hoy en la catedral de Tréveris, de jubon viejo y piojoso, y á los tres santos reyes magos de Colonia de cuerpos de tres aldeanos de Westfalia. Enrique Bebel de Suabia hace decir á gente del pueblo, artesanos y labradores, en sus célebres *Facetas*, los chistes mas groseros sobre la Trinidad, la resurreccion, el juicio final y los sacramentos.

Al propio tiempo existia mas fuerte que nunca la tendencia antiquísima á lo misterioso, pero tambien hubo inteligencias mas claras, como el humanista español Vives, que un siglo antes que Bacon proclamó la experiencia por única base del estudio de la naturaleza, y el conocimiento de la naturaleza como base de la metafísica. Este sabio recomendaba la contemplacion silenciosa de la naturaleza en lugar de las disputas, y el experimento positivo en lugar de las teorías de Aristóteles. Otros humanistas, como Peurbach y Regiomontano (Juan Muller), cultivaban las ciencias matemáticas á consecuencia del impulso que el Renacimiento de las letras y artes comunicó á todos los ramos del saber humano, como que el mismo Copérnico, el mas grande de los sabios de aquella época, habia cultivado, segun dice Humboldt, evidentemente las antiguas letras clásicas. Sin embargo, este sabio, que dejó á la posteridad una nueva imagen del universo, llamó poco la atencion de sus contemporáneos, muchos de los cuales le oscurecian con su brillo deslumbrador, pero innmerecido y efímero. Tambien pasó algo de esto al célebre Leonardo de Vinci, genio pensador, observador y científico, que encontró el mayor goce en el cultivo de las matemáticas y que sospechó la explicacion natural y mecánica de todos los fenómenos de la naturaleza; pero aun este genio tan claro y poderoso no estuvo enteramente exento de las supersticiones de su época, como se ha observado recientemente. Si tan gran genio no pudo sacudir del todo las debilidades de su época, no debe extrañarse que los talentos menores quedaran esclavos de las ideas fantásticas corrientes entonces. El resultado del deseo de rasgar el velo que ocultaba los misterios de la naturaleza, unido á la creencia en la imposibilidad de estudiar las leyes naturales sin el auxilio de fuerzas sobrenaturales; la consecuencia de la turbia mescolanza de viejas supersticiones y preocupaciones con la tendencia realista moderna, del estudio de la cábala de los hebreos y del platonismo y escepticismo, están de manifiesto en las obras de los adeptos de la pretendida magia negra, como Cornelio Agripa de Nettersheim, discípulo de Trite-mio y de Reuchlin, y el teosofista naturalista Teofrasto Paracelso Bombasto. Para éste no habia cuerpo alguno en el mundo sin su correspondiente espíritu, y en busca siempre de la piedra filosofal esperaba descubrir el secreto de «todas las artes naturales.» Aconsejaba que se prescindiese de todas las autoridades conocidas y se estudiara únicamente en el gran libro de la naturaleza. Este genio enérgico, hijo de Suiza, tras del cual vino todo un ejército de fabricantes de oro y de médicos astrólogos, pobló toda la naturaleza de espíritus con los cuales el hombre podia ponerse en relacion. Claro es que la ciencia del Renacimiento era tambien insuficiente para servir de dique á la terrible supersticion de las ciencias ocultas, de los hechizos y de los brujos y brujas. Cornelio Agripa, aventurero mas fantástico que Paracelso, nos presenta un ejemplo, segun se ve en su escrito «Sobre la inseguridad y vanidad de las ciencias y artes,» de que aquellos genios afanosos por arrancar á la naturaleza todos

sus secretos tenian sus momentos de desaliento y de desesperacion, pues él mismo recomienda como única salvacion la vuelta á la fe y simplicidad del cristianismo, y la Sagrada Escritura como fuente de la divina sabiduría al alcance de todo el mundo.

Cuando Agripa hizo esta confesion podia considerarse ya fracasada la idea generalizada en Europa de encargar al humanismo la direccion del movimiento religioso. Erasmo, el reconocido jefe del humanismo, habia creído poder abrir una era de «teología verdadera,» cuando apareció Lutero y se dirigió con su reforma, no á la aristocracia de las inteligencias, á los hombres del humanismo, sino al pueblo, al cual no supieron dirigirse los humanistas. Es digno de notarse, sin embargo, que el representante mas distinguido de la corriente humanista se ocupó en tratar cuestiones religiosas, á pesar de todas las tendencias del libre-pensamiento, esto en vísperas de la reforma.

En las «Epístolas de los hombres oscuros» se dice: «Erasmo es una individualidad especial,» y en esta observacion citada con frecuencia están compendiadas toda la admiracion y toda la enemistad que aquel «Voltaire del Renacimiento» ha recogido con igual abundancia. Antes de la reforma religiosa fué Erasmo, al parecer, el rey de la ciencia moderna, y la sinfonia de alabanzas y aplausos que resonaba en torno suyo sin fatigarle, no dejó oír el ruido de las críticas que acá y allá contra él se levantaban. Muciano escribió: «Erasmo se levanta sobre el nivel humano y debe ser venerado y contemplado con devocion como un sér celestial.» El jóven Melanchton adoptó en su poesía: *In Erasmus optimum maximum*, el tono propio del culto que el humanismo tributaba á sus héroes. Era Erasmo el ídolo de los humanistas alemanes, que de todas partes peregrinaban á su residencia y para los cuales era una carta suya, y mucho mas una conversacion con él, la consagracion y el día mas dichoso de su vida. Durante algun tiempo significaba *erasmico* lo mismo que perfecto é infalible. Los príncipes laicos y eclesiásticos consideraban como un timbre de gloria estar en relacion con el gran hombre y responder á sus cartas y dedicatorias con ricos presentes, por manera que Erasmo presenta en este punto una gran analogía con el patriarca de Ferney. Sin embargo de esta analogía, hubo entre los dos notables diferencias de carácter, porque de los bellísimos sentimientos humanitarios de Voltaire, de su gran corazon amante y del noble valor con que tomó la defensa de los oprimidos y perseguidos, no se encuentra en el carácter de Erasmo ni la mas insignificante huella, y no faltaron voces entre sus contemporáneos, y muchas mas en tiempos posteriores, que decian que Erasmo era grande entre los sabios pero pequeño entre los hombres, y «mucho mas pequeño de carácter, dice un satírico, que de cuerpo.»

Erasmo no tenia, en efecto, nada de héroe, ni corporal ni espiritualmente considerado. En los muchos retratos que nos ha dejado Holbein de este hombre, vemos como un rasgo sardónico en sus labios bien apretados; y la mirada viva y penetrante de sus ojos azules se oculta á veces detrás de los párpados medio cerrados. Compárese ahora esta cabeza pensadora sostenida por un cuerpo endeble con las figuras robustas del patricio y senador municipal Pirkheimer, del caballeresco Hutten y del robusto alabardero Eobano. A Erasmo, delicado y enfermizo, irritaban el menor ruido, la menor disputa y contradiccion, y le espantaba el menor peligro. Fruto de una union ilegítima, criado entre extraños, metido en un convento medio por fuerza y medio por tempranos desengaños, habíase librado jóven todavía de la reclusion. Luchando con la miseria y la servidumbre, habia entrado en la edad madura fuerte é independiente de espíritu,

pero corporalmente quebrantado, habiendo conocido á sus semejantes por su lado peor, y aprendido á utilizarlos del modo mas fructuoso. De esta suerte habia adquirido confianza en sí mismo cuando entró en el periodo de su gloria. La única influencia que este genio independiente y desconfiado admitió de otros genios, parece ser la que recibió en Inglaterra, donde residió repetidas temporadas entre los años 1498

y 1506; y cuando en este último año pasó á Italia tuvo ya su criterio tan bien formado, que no lo cambió, y solo adoptó de la civilizacion que allí encontró lo que se armonizaba con su índole y sus ideas. Jamás trató de arreglarse al patron dominante adoptado por los poetas y escritores humanistas; y esta independencia de genio le hizo tan respetable para sus contemporáneos. Como sabio de bufete, cuyos mejores com-



Erasmo

Facsimile reducido de un grabado en madera de Juan Holbein, el menor

pañeros eran sus libros, no tenia la variedad y multiplicidad de talentos que distinguían á tantos hombres célebres del Renacimiento italiano. Ni siquiera en el terreno filológico se quedó Erasmo dentro de las tendencias propias del humanismo. Eran grandes sus méritos literarios y científicos en general y asombrosa su productividad, sin contar que tenia el talento de ocupar adecuadamente talentos inferiores; pero empleó ante todo su actividad, penetracion y ciencia en su objeto favorito, que era un renacimiento del cristianismo y no el de las letras y artes de la antigüedad clásica. Quería res-

tablecer la «filosofía de Cristo» en su pureza y sencillez primitivas. Durante su primera estancia en Inglaterra recibió las primeras impresiones que hicieron germinar y crecer en su mente la resolucion de hacer de la reforma de la Iglesia la mision de su vida.

Esta idea de Erasmo nos ofrece un ejemplo interesante de cómo se propagan y se trasladan á veces ideales de un país á otro. El humanismo italiano habia conducido á sus representantes mas distinguidos en la academia platónica de los Médicis al ideal religioso de identificar el cristianismo con

el platonismo, en cuyo afán salió perdiendo el primero, porque el misticismo neo-platónico de Marsiglio Ficino y otros «teólogos» humanistas llevaba en sí el germen del panteísmo sin que acertasen a verlo sus propagadores. Creían ser, como Hettner dice con razón, cristianos verdaderos y legítimos, y pensaban haber descubierto el único camino seguro para llegar a la fe cristiana viva. Pico de la Mirandola, que todo lo investigaba, llegó a desprenderse de las ilusiones neoplatónicas y cabalísticas para buscar la calma que su espíritu anhelaba en la Sagrada Escritura; pero la muerte le arrebató a este mundo en 1494, antes que pudiese realizar su deseo de dar cuanto poseía a los pobres y de recorrer descalzo el mundo predicando la ley de Cristo. En la filosofía de este hombre extraordinario figuraba en primer término el amor a Dios y en segundo lugar el conocimiento de Dios.

La comunión religiosa que produjo el genio de Savonarola no pudo menos de comunicarse a aquellos humanistas poseídos de ardor religioso. Ficino, que murió en 1499, explicó en sus últimos años las epístolas de San Pablo, sin renegar por esto de Platon, y es indudable que lo que de esta regeneración singular del cristianismo pasó desde Italia a los países septentrionales, presentó mucho más el carácter humanista que el de Savonarola.

Por aquel tiempo el joven inglés Juan Colet, que como otros hombres estudiosos del Norte había pasado a Italia para perfeccionarse en el estudio de las obras clásicas de los antiguos, se había formado una teología humanista especial después de estudiar a Platon y Plotino; pero cuando volvió a su país empezó, en el año 1496, a explicar en Oxford la epístola de San Pablo a los romanos, con todo el ardor del admirador mas entusiasta de aquel apóstol, a quien llamaba el mas divino de los hombres. A los humanistas y teólogos ingleses distinguidos que se habían reunido al rededor de Colet se agregó en 1498 Erasmo, que entre varones como Grocyn, Linacre, Latimer, More y otros, se encontró por primera vez en su elemento. Colet empleó toda su persuasión para entusiasmar al nuevo adepto y hacerle adoptar su ideal, que era restablecer la teología antigua y verdadera. Colet consiguió su objeto, no inmediatamente sino mas adelante; pues en Erasmo jamás se borraron las impresiones que recibió entonces en Oxford y hasta parece que su aversión a San Agustín le fué inspirada por Colet.

De esta manera había sido transmitida a Inglaterra y modificada por el inglés Colet la tendencia bíblico-humanista de los platónicos florentinos, para ser comunicada en el sentido de Colet a Erasmo, que luchó después por la teología verdadera en sentido distinto del de Colet.

El hecho de que un hombre como Erasmo se sintiera llamado a ser reformador es acaso la mejor prueba de una necesidad religiosa irresistible en la humanidad de aquella época, porque sin querer poner en duda las repetidas aserciones que hace Erasmo en sus escritos de su fidelidad a la Iglesia y de la sinceridad de sus esfuerzos a favor de la reforma, no podemos menos de juzgar a este hombre en el terreno de la teología como un Saul entre los profetas (1), pues en las grandes crisis religiosas no decide la ciencia, ni da la solución el crítico ni el satírico.

Lo que mas odió Erasmo toda su vida fué la revuelta, la revolución tumultuosa, lo cual no obsta para que fuese uno de los fomentadores mas notables del espíritu revolucionario, y en esto consiste su verdadera importancia, pues sus trabajos mas positivos han quedado hace tiempo oscurecidos por otros mas modernos y mas notables. Lutero, gran enemigo

(1) Es decir, como desempeñando un papel que no le corresponde. (N. del T.)

de Erasmo, dijo de él: «Es un verdadero Momo que de todo se burla, sin exceptuar a Cristo y toda la religion.» La verdad es que nada se libró de su crítica viva y sagaz, y en materias religiosas antes que omitir una ocurrencia picante sacrificaba lo mas sagrado. Por eso fué tambien uno de los primeros adversarios teóricos de la monarquía como institución. Esta tendencia negativa se observa a la verdad con mas frecuencia y mas vigor en sus escritos del primer período, pero habría sido menester que cambiara radicalmente sus ideas para renegar en su segundo período de su afinidad con su amigo Luciano. Singular es la libertad que pudo tomarse Erasmo en sus escritos, sin que sus adversarios con sus acusaciones de herejía pudieran reducirle al silencio ni causarle daño alguno. No tuvo unos treinta años después, bajo la presión de la contra-reforma, la libertad que había gozado a la sombra de un papado mundano y acostumbrado al humanismo. Los primeros escritos de Erasmo, los que le hicieron en Roma y en toda la Europa el ídolo de las clases instruidas, excedían en sus ataques al clero a cuanto hasta entonces se había publicado, pues jamás se habían expuesto ante el tribunal de la opinión pública con igual chispa y en forma tan elegante y graciosa los abusos y defectos de la Iglesia. Ya en el *Enchiridion militis Christiani* (el puñal de los soldados cristianos) publicado en 1501, criticó Erasmo sin consideración el «craso judaísmo», es decir, la hipocresía eclesiástica y la institución monástica como el colmo de la mera exterioridad religiosa, y de regreso de Italia escribió y publicó en 1511 el *Elogio de la Locura* (*Μωρίας ἐγκώμιον*), que es la sátira mejor de aquella época y tambien la mas hostil a la Iglesia, y prueba lo mucho que se distinguía su autor en este género de literatura. La idea de pasar revista a las debilidades humanas y la de satirizarlas en forma de crítica había sido ya realizada por autores anteriores a Erasmo, pero nadie lo había hecho con el atrevimiento y la gracia irresistible de este último. Tan natural fué el estilo de aquel hombre que Zwinglio le escribió una vez: «Al leer tus escritos me pareció oír hablar y ver moverse graciosamente tu persona pequeña y elegante.» Si esta observación era exacta, lo debía ser por cierto con mayor razón al leer los escritos satíricos de Zwinglio. En la citada sátira la diosa Moria, hija de la riqueza y de la juventud, sale a menudo de su papel al celebrar la vida como una comedia de equívocos, y al aconsejar que no se destruya el chiste de la comedia, deshaciendo la ilusión y arrancando las máscaras; pero esta misma mezcla de sátira ligera y gravedad cruel aumenta justamente el efecto. Además de los príncipes de la Iglesia y de los teólogos se burla Erasmo de la gente simple y de su culto de los santos, en especial de los «fabulosos y poéticos», y de su confianza en fiestas y romerías, en indulgencias y reliquias. Toda la vida de los cristianos, dice la diosa Moria (Burla), está empapada de estas estupideces. A los frailes, cuyo afán consiste en no parecerse a Cristo, sino en distinguirse entre sí cuanto mas mejor por su hábito, les presenta en el día del juicio ante el Señor, los unos con la barriga llena de pescado, otros sentados sobre un monton de fanegas de salmos, otros con los estómagos arruinados por ayunos, orgullosos de la mugre de sus hábitos y de otros méritos de igual jaez. Cristo pregunta de dónde ha salido aquella nueva raza de judíos y les aconseja que se hagan construir por los fundadores de sus órdenes un cielo para ellos, pues que nada encuentra en ellos que esté conforme con la regla cristiana. No se contenta Erasmo con hacer figurar en su sátira al mismo Salvador, pues para producir efectos cómicos se vale de pasajes de la Sagrada Escritura, y no tiene reparo en servirse de aquella solemne exclamación del Crucificado: «Perdónalos, no saben lo que hacen,» para decir que la estupidez es una recomendación

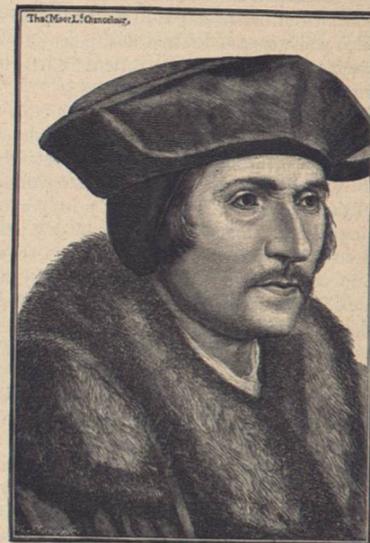
para con Dios y que en esto el Señor se parece a otros potentados, como César y Neron, que tambien mostraban preferencia a los necios. De esto pasa Erasmo a hacer patente la afinidad de la religion cristiana con la necedad, y cita la afición de los niños, ancianos, mujeres y tontos a las cosas religiosas, la comparación de Cristo con un cordero y de los fieles con ovejas, y dice que siendo los hombres estúpidos hubo de hacerse Cristo como hombre tambien estúpido. Posteriormente se dolió Erasmo de estas frivolidades y de haberlas publicado, pero entretanto fué publicando siempre nuevas ediciones, y lo que es mas, con adiciones en lugar de supresiones. Sabía muy bien que en este librito no citaba por su nombre a ningun contemporáneo, y que había manifestado suficientemente sus verdaderos principios de cristianismo y del amor a Dios platónico-cristiano, bien que al través de mofas y sátiras.

Esto de exponer en medio de chistes y burlas convicciones serias, y en medio de trabajos filológicos, pedagógicos y teológicos, befas y sátiras, es un contraste propio de Erasmo, y así le encontramos en sus «Adagios», colección de refranes y expresiones antiguas célebres, publicada por primera vez en 1500 y mas completamente en 1515, como igualmente en el libro de educación «Coloquios», publicado por primera vez en 1519, si bien nos parece hoy poco comprensible que semejante libro pudiese haber sido destinado a la educación de la juventud. Tambien hallamos el mismo contraste en sus cartas y hasta en sus paráfrasis del Nuevo Testamento. Mucho mas si cabe choca la mezcla de crítica amarga y de mofa con que Erasmo, amigo y adulator de los potentados de su tiempo, discurre sobre las cosas políticas y sociales de aquella época. Entre el material filológico y arqueológico de los «Adagios» se encuentran ataques ultra-radicales a la institución monárquica, como el de que por cada dos siglos el mundo apenas ha visto algun príncipe que no hubiese sido funesto a la sociedad por alguna necedad capital; que necesitado cada oficio ó carrera un aprendizaje, el oficio mas difícil é importante se confiaba a la casualidad, al nacimiento, y que bastaba que los nacidos para príncipes tuviesen simplemente forma humana. Mientras trata a los reyes de imbéciles y a su política de robo y extorsión, ensalza la ilustración y las leyes de las ciudades, y el amor a la paz de la democracia. Sabido es que Erasmo, hombre archi-conservador en su conducta y en sus intereses personales, como escritor filosófico calificó la propiedad particular como una institución anti-cristiana, y sabida es tambien su íntima amistad con Tomás Moro, el célebre autor de la «Utopía», cuyo ingenio precoz y penetrante, y cuya dulce vida doméstica en medio de su familia, no se cansa de ensalzar. La «Utopía», escrita por Moro cuando ya había entrado en la edad madura y salido de la juvenil, en que el hombre todo lo encuentra criticable, y cuando el autor era ya uno de los servidores mas distinguidos de Enrique VIII, demuestra lo mismo que el «Elogio de la Locura» la gran libertad de palabra y de imprenta que disfrutaban entonces los adeptos del humanismo. Jamás habían sido expuestos a la publicidad con igual ironía los defectos de la organización política y social existentes como en la obra de Tomás Moro, que recomienda al propio tiempo reformas como la igualdad de derechos, la comunidad de bienes, una norma de horas de trabajo, libertad religiosa completa sin Iglesia, y otras ideas.

Parece, no obstante, que ni Erasmo, ni Moro, ni ninguno de sus admiradores sospecharon que vivían en una época de transformación. Las críticas de Erasmo respecto del clero y de la religion eran mas peligrosas que las de Tomás Moro, porque podían comunicarse mas fácilmente al público iletrado, y en esto no anduvieron acordes los dos amigos, porque

Moro era dado mas bien a la superstición religiosa que a la incredulidad, como decía Erasmo; y en efecto, Moro, aunque lo ocultó cuidadosamente, llevó durante toda su vida sobre su cuerpo el sayal del penitente y se aplicaba a solas disciplinas.

Corriendo el tiempo y después de muchos vaivenes, la posición de Erasmo se hizo tan brillante que pudo pensar en llevar adelante su proyectada reforma humanista de la Iglesia. Los obsequios que le tributaron en Italia no fueron bastantes para retenerle en aquel país; tampoco se realizaron sus esperanzas exageradas respecto de la protección y libertad del joven rey de Inglaterra, y así prefirió fijar su residencia en su patria, estableciéndose por lo general en Lovaina



Tomás Moro

Grabado de J. Bartolozzi (que vivió desde 1728 hasta 1815) y dibujo original de Juan Holbein (que vivió desde 1497 hasta 1543)

y temporalmente tambien en Bruselas y Amberes. Desde entonces menguaron sus relaciones con Inglaterra y se multiplicaron las que tenía con los humanistas alemanes. Hizo frecuentes viajes a Basilea, donde el impresor Froben daba a luz una multitud asombrosa de obras, y donde Erasmo contrajo relaciones estrechas con Amerbach, Beato Rhenano y Ecolampadio, que le dieron de la civilización alemana una opinión mas ventajosa de la que había tenido hasta entonces. Finalmente, en 1521, estableció su domicilio en Basilea, después de haber dicho ya en 1514 que la *nostra Germania* le gustaba mucho, lo que fué para los humanistas alemanes un verdadero triunfo. Verdad es que aquellos poetas y literatos dispensaron honores casi divinos al gran maestro, y municipios hubo que le recibieron a su paso como un gran príncipe, lo que halagó sobremanera la vanidad de Erasmo. Carlos, el joven Habsburgo, le había nombrado consejero suyo con una paga anual fija; Leon X, que desde 1513 ocupaba la silla de San Pedro, era su protector; Francisco I trabajó para atraerle a su corte, y Carlos de España le quiso dar un obispado en Sicilia, idea que no pudo realizarse, probablemente con gran satisfacción de Erasmo. En su correspondencia figuraron cada día mayor número de personas de elevada posición social, el Papa, cardenales, los reyes de Inglaterra y Francia y multitud de grandes dignatarios eclesiásticos y